

LA VIUDA DEL HOMBRE DORADO*

Raquel Niego

Alguna vez la Viuda Negra había sido Celeste Arriaga. Entonces se levantaba justo para misa de cuatro y carnicería a las seis. A las ocho, de joven, de vuelta, gustó de ser con el correr de los murientes muebles y el polvo y el noticiero y el desayuno del marido y las cortinas a contraluz de su casa de adobe recio el despertador de los niños pequeños.

Para la tarde tenía a su amiga gemela, entrañable hermana, desde siempre el único ser incondicional que le quedaba, por mutuo apoyo y sosiego, nacida a los minutos de ella. Y a veces la tenía también para la noche, junto con el perro, y otras hasta en las madrugadas con decirle Clara al perro que se

* No he podido resistirme a publicar el siguiente *mail*, que refleja la bendita comunicación que mantengo con los chicos del taller (J. E.):

Jorge:

Acerca del cuento, podría parecerme que soy una tonta y una terca, pero, primero, acabo de darme cuenta de que podría haberte estado enviando versiones sin las correcciones pertinentes que me señalaste... y por otro lado, doblemente idiota de mi parte, tal vez, pero ya no sé qué más corregir... y no porque me parezca la gran cosa mi mamotreto, sino porque cada corrección adicional me está doliendo, no me siento bien haciéndole eso al cuento porque considero que la densidad sintáctica que me criticas y el caos de diálogos es lo que permite que haya imágenes, fuerza y símbolos, y si destruyo eso, me va a quedar un argumento bonito y soso. En fin, qué importa mi opinión, la cosa es que ya no sé qué jamones rebanarle sin que me duela.

Los diálogos enrevesados me gustan... Si los apilo en párrafos temo que puedan perder autenticidad (veo autenticidad...), debido a esta distancia que hacen las comillas entre el autor y el lector. Corregí el aspecto formal de dejar espacios en los diálogos y el quién decía qué, como me pediste, y me he bajado algunos adjetivos. Eliminé las mayúsculas y corté frases telenoveleras porque me pareció que pecaba de huachafa. Las acotaciones me gustan, convierten la acción en más que acción y la humanizan. No siento que caigan en estorbos. ¿No hay forma de que pueda quedarse así? ¿Tan hasta las huevas te parece que está?

Te mando la última corrección.

Raquel

fuera a dormir tranquilo, que ambos sabían que el marido de su hermana no llegaría esa noche a la casa y ella iba a acompañarla. Clara vivía tres calles cuesta abajo.

No se supo en qué momento Celeste se cargó de más fe a ánimas revividas y piedras protectoras que cualquiera en el pueblo. El caso es que con los hijos fuera y *el impronunciable* para Clara cada vez menos en casa de su hermana, más altanero, más con que me largo, no te soporto, no te quiero, no voy a volver, un domingo el hombre había terminado por materializar sus amenazas, y Celeste por encerrarse en un cuarto oscuro y caliente a orarle a una estatuilla dorada, de silueta humana, que se lo trajera de vuelta.

—¿De dónde sacaste eso?

Terminó por preguntar Clara, habiendo tolerado un mes el estilo de duelo de su hermana.

—Del sótano de la capilla — respondió ella sin dejar de mirar a la estatuilla.

—¿La capilla?!

A Clara le temblaron los labios

—¿Y te la dio el Padre? —agregó sin quererlo creer. A Celeste empezaba a estorbarle la voz de su hermana sobre sus plegarias.

—No.

La mujer no se movió. Jugó con sus labios y examinó las rodillas moradas de la gemela, que soportaban obedientemente su postura. Luego se acercó a ayudarla a levantarse del altar que había construido.

—Vamos al comedor a que te distraigas un rato... apenas si comes...

—Tú estás feliz con que se haya ido!
¡Hipócrita! ¡Fuera de aquí!

Obviando que lo que le vomitaba por los ojos La Viuda no podía ser más cierto, Clara se tapó la boca para no gritar del espanto, y a tropezones abandonó delante de la estatuilla a su hermana.

Pero volvió al día siguiente, después de la misa y el mercado, y al siguiente, y al siguiente, y cada día encontró la cama destendida y un cajoncito abierto con frascos de colores que jamás se atrevió a tocar (los únicos por los que alguna vez la veía asomarse a la calle a comprar más), y para su religioso horror, jeringas.

Luego contemplaba a su hermana ocuparse delante del altar, con las rodillas como uvas, las manos juntas cada vez más blancas condensando calor del calor con su boca, que escapaban frágiles para contar secretos a la estatuilla de su vestido negro. Clara le dejaba la comida al lado del hombre dorado tres veces al día, cabeza gacha, para que no se la tragara el hambre.

Llegó el día en que también tuvo que ocuparse de la casa de su hermana para mantenerla visible a la tierra, y la Viuda Negra se convirtió en el aliento de las ventanas vaivén de su cuarto, en Clara de cara a la luz para recoger la ropa del tendedero, en cuchicheos del vecino en su día (que decía que había visto a la Viuda Negra comprando unos frasquitos, gotas, pastillas en la farmacia, huerto, esquina con un líquido morado, verde, asqueroso que pasaba a unas calaveras por los agujeros de las fosas nasales, ojos).

—¡Viuda Negra! —le gritaban cuando se aparecía, compacta en el polvo del aire caliente.

—¿Cuánto quieres porque me hagas un amarre con la bailarina del bar de los martes en la noche...? ¿Qué necesitas? ¿sangre? ¿pelo? Mira que me tiene loquito...

—Señora Bruja Negra, ¡digo! ¡perdón! Señora Viuda Negra... será que...será que me podría usted echar una mano con mi billete de lotería... ya sabe... con el demonio, ¿no?... Hace doce años que lo compro, cada domingo... y nada... debo estar maldito, así que, ¡qué más da entregarle mi alma al diablo! ¿no?... Yo sé que usted es la única en el pueblo capaz de hablarle por mí... ¿es eso? ¿ustedes hablan? ¿me haría el milagrito?

—¡Estás maldita, Viuda Negra! ¿Crees que el pueblo entero no está enterado de que haces brujería...?

—Se dice que te ríes y secreteas con unas velas, unas piedras, y que te besas con un pedazo de metal sacado del cementerio...

—Rezar porque vuelva el marido... ¡Pfff! ¡Tú necesitas que te busque el psiquiatra!

—¡O mejor el cura!

—¿Que no ves que estás perdiendo plata, Viuda?! ¡Todos quieren aquí ser tu clientela! ¡Hasta para buscar a tu marido podrías usar tu plata o tus talentos oscuros!

—Cele... — cierta vez que le dejaba la cena a oscuras, susurró su hermana.

— Soy Clara.

La Viuda continuó balbuceando hacia los ojos de oro.

—Me preocupas. —Agregó.

—Tienes razón —retomó el habla algunos respiros más tarde.

—No quiero al padre de tus hijos contigo, pero, tampoco te quiero con él.

El índice de Clara se hizo espacio en la oscuridad, señalando a la estatuilla.

—Así que vamos a buscarlo. Tiene que venir a responder por esto.

El pálido perfil se volvió a su hermana.

—Yo no necesito buscar a nadie. Él me lo va a devolver.

Clara la miró sin objeción.

—Creo que si tuviera la intención, ya te lo habría devuelto.

—Ya me lo prometió. Me costó trabajo convencerlo, no te lo niego, pero lo he conseguido.

Su hermana la miró sin ninguna paciencia.

—Te advierto que no pienso cuidar de tu casa y de la mía para siempre. A mí no me dicen la Viuda porque no tenga marido, el mío de verdad está muerto, y yo tengo una viudez por la que ver.

—Nadie te pidió que te ocuparas de nada. —Clara enrojeció y tragó ira.

—No sé quién te crees que eres para hacerme esto. ¡Párate! Vamos a traer a tu esposo.

Clara se desplazó robóticamente buscando su bolso.

—No vamos a buscarlo...

—¡Que te pares he dicho!

—¡No necesito de nadie!

—¡Nos vamos de aquí!

—¡Que no me ayudes, no tenemos que buscarlo! ¡Vete sola! ¡Él me va a traer a mi marido! ¡É! ¡É! ¡É!

—¡Me largo a buscarlo sola! ¡Y te vas a arrepentir!

Clara se fue con el perro. Preguntó, inspeccionó, investigó, entró y salió de bares, burdeles, el par de cárceles del pueblo, el manicomio, hospitales y mercados.

—¡Por nuestra vecina Celeste! —vociferó, pidiendo ayuda al pueblo. —¡Es el marido de mi hermana, el único que puede traérnosla de regreso! Aquí todos nos necesitamos, todos cooperamos porque nunca se sabe a quién puede caerle una desgracia y no querremos, entonces, estar solos...

—¡Por la Viuda Negra! —Hubo quienes repusieron y se unieron a la causa.

Se sumergió nuevamente en los vapores enfermos de la casa a la semana, y esta vez acompañada ya por alrededor de un tercio del pueblo. Los hizo a todos esperarse a la redonda al estrellarse contra lo que quedaba de su hermana. Todo lo que entonces seguía siendo igual eran el calor y la oscuridad.

—Cele... no encontré a tu marido.

Entre sus dedos rápidos de puro hueso, La Viuda Negra siguió hablando en secretos.

—Está en camino, Clara. Te dije... yo te dije que no era necesario, —pronunció con un hilo de voz, y los ojos ebrios. Clara no pudo evitar sonreír porque La Viuda la reconociera. La abrazó y esta se dejó. Pensó que debía contener entre sus brazos los únicos huesos fríos de un ser en vida en el pueblo. La gente desgarrada por favores y piedad por La Viuda vociferaba a un tiempo desde afuera, y lanzaba puños cortos contra las ventanas. Clara y La Viuda Negra volvieron a ser, entonces, un cuerpo con dos cabezas.

—Celeste...

—Dime.

—Sé qué tenemos que hacer para volver a ser tranquilamente felices.

—¿Qué?

Clara empezó a apartar de sí a La Viuda, deslizándose hacia las afueras del cuarto despacio. El pueblo derretido en los exteriores había evolucionado en su ritual, y mudado de gritos: "¡Quémela!", "¡Sálvenla!"

Cuando la Viuda Negra alzó la mirada y terminó de reparar en que no esta-

ba más junto a ella su hermana, esta ya había salido y vuelto al cuartito de adobe. Desde el umbral, la miraba a la vez que cargaba en una mano una antorcha encendida y en la otra lo que le quedaba sin verter de gasolina.

—¡No!

—¡Me lo vas a agradecer!

Clara arrojó la antorcha encendida sobre la estatuilla con la violencia precisa, los volúmenes del hombre dorado alcanzaron el techo, y en medio de su resistencia a las llamas empezó a partirse en dos a lo largo, como si se abriera una tumba faraónica.

La Viuda Negra gimió desde las tripas, y dio un salto para unírsele al hombre cuya cabeza ya se asomaba desde dentro del féretro, con los ojos cerrados e hirviendo. Los gritos de Clara fueron el clímax del espectáculo y el pueblo entero invadió la casa haciendo rechinar los dientes, cuchillos carniceros, y estuvo en presencia, por última vez, de La Viuda Negra y su marido perdido, todavía vivos.

En el cajón de la mesita de noche de Celeste Arriaga fueron encontradas algunas unidades de frascos de quisipina, veneno que en pequeñas dosis resulta un somnífero efectivo. A su lado, varias jeringas tanto usadas como en estuches cerrados. Las usadas contenían restos del somnífero, cuando no de comida.

El cuerpo del señor Arriaga presentó una sonda de la boca al estómago, así como varios moretones producto de una hinchazón pospinchazo de aguja. Celeste Arriaga sabía retener a su marido.

UN DESCONOCIDO

Loretta Young

Mamá decidió que yo debía asistir al Mary Clarence Catholic School, aunque a mí me hubiera gustado estudiar en el colegio nacional donde ella enseñaba. *No hijita, tú tienes que ser mejor que yo. Tienes que hablar inglés como tu padre.* Con seis años, no podía protestar.

Pudo solventar la pensión con esfuerzo, comprar el uniforme, los zapatos guindas —cuyo costo hubiera servido para pagar dos meses de alquiler del departamento— y los libros que pedían. A pesar de cumplir con todo lo requerido, tenía matrícula condicionada; mi madre no era casada por la iglesia como lo exigían las monjas.

El primer día de clases me llevó de la mano y me puso en la fila, no pudo estar en la ceremonia porque también tenía que ir a su escuela. Me quedé sola, muriendo de miedo porque no conocía a nadie, aunque al final terminé acostumbrándome, así sería siempre. Al principio, a la hora de salida, me recogía mi tío; luego de unas semanas, ya podía ir y volver sin compañía. Como vivía a dos cuadras del colegio, ahorrraba en la movilidad.

Recuerdo que fue una época difícil, ya no había antojitos en la calle, salidas a pasear, ni los viajes de antes. Al siguiente año, consiguió un segundo trabajo en un colegio particular pequeño, donde enseñaría por la mañana y, en la tarde, asistiría a su puesto regular. *De ahora en adelante, hijita, al salir de tus clases te vienes a mi trabajo.* Al llegar, la esperaba en la dirección hasta el primer recreo; salía y me llevaba a la sala de profesores para almorzar. Pasaba la tarde entera allí, haciendo mis tareas mientras la esperaba.

Un día, mamá estaba esperándome en el portón. Nunca había ido a recogerme, por lo que me pareció rarísimo. Me llevó a comer y una vez en casa me dijo la noticia triste:

—Hijita, no sé si entiendas bien esto, pero tu abuelita Eulalia ya no vendrá a visitarnos más, ya no puede.